

Á pocos pasos de allí, en dirección al palacio de la reina Juana, ardía un farol á los pies de una madona.

Cirillo se subió á un guardacantón y aproximó la batista á la luz.

No se había equivocado : aquellas manchas eran de sangre.

— ¡ Salvato Palmieri está ahí ! murmuró extendiendo el brazo hacia la casa del caballero San Felice. Pero ¿ está muerto, vive ? No tardaré en saberlo.

Y atravesó la calle, volviendo á pasar por delante de la casa en que se hallaba el esbirro.

Entonces echó una mirada al interior.

El herido acababa de expirar, y D. Michelangelo Ciccone rezaba á su cabecera.

En el momento en que Cirillo entraba en su habitación, daban las tres en la iglesia de Pie-de-Grotta.

CAPÍTULO V

El consejo de Estado

Además de las sesiones, verdaderamente inquisitoriales, que se celebraban en aquella cámara oscura de los aposentos de la reina, donde hemos introducido á nuestros lectores, había en palacio todas las semanas cuatro consejos ordinarios que tenían lugar los lunes, miércoles, jueves y viernes.

Las personas que componían aquellos consejos de Estado, eran :

El rey, cuando la importancia de los negocios le obligaba á asistir ;

La reina, cuyo derecho á tomar parte en ellos explicamos antes ;

El capitán general Juan Actón, presidente del consejo ;

El príncipe de Castel-Cicala, ministro de Negocios extranjeros, de Marina y de Comercio, y espía, soplón y juez en sus ratos perdidos ;

El brigadier Juan Bautista Ariola, ministro de la Guerra, y hombre inteligente, si se le compara con sus compañeros;

El marqués Saverio Simonetti, ministro de Gracia y Justicia;

El marqués Fernando Corradino, ministro de Cultos y de Hacienda, el cual hubiera sido el más nulo de todos los ministros, si no hubiese estado en el consejo su colega Saverio Simonetti, mucho más nulo que él.

El rey asistía muy rara vez á aquellos consejos; por el contrario, la reina casi nunca dejaba de honrarlos con su presencia. Verdad es que á menudo parecía no ser más que simple espectadora de la discusión, á cuyo efecto se alejaba de la mesa y tomaba asiento en un ángulo apartado, ó bien permanecía en el alféizar de alguna ventana conversando con su favorita Emma Lyonna, á la cual había introducido en la sala de las sesiones como una cosa de su propiedad, como un apéndice obligado, sin darle al parecer más importancia que la que tenía Júpiter, el perro favorito de su esposo.

Allí, cada cual representaba su comedia: los ministros fingían discutir los negocios del Estado, Fernando aparentaba escuchar atentamente, Carolina se hacía la distraída, el rey jugaba con los

cabellos de Emma, y favorito y favorita se hallaban echados, el uno á los pies de su dueño, la otra contra las rodillas de su ama. Los ministros, bien al pasar delante de ellos, bien en el intervalo de las discusiones, hacían una caricia á Júpiter, prodigaban un cumplido á Emma, y en recompensa del cumplido y de la caricia recibían una sonrisa de los augustos cónyuges.

El ministro Juan Actón, piloto responsable de aquella nave combatida por el viento revolucionario que soplaba de Francia; de aquella nave encallada además en los arrecifes de aquel peligroso mar de las sirenas, donde en el espacio de seis siglos habían desaparecido ocho diferentes dominaciones; Actón, repetimos, con la frente contraída, la mirada sombría y la mano convulsa, como si en efecto la apoyase en la caña del gobernalle, era el único que parecía comprender lo crítico de la situación y la proximidad del peligro.

Robustecida por su odio á la Francia, casi segura del concurso de Nelsón y contando con el apoyo de la escuadra inglesa, la reina, no sólo se hallaba decidida á afrontar el peligro, sino también á provocarle y á salirle al encuentro.

No sucedía lo mismo á Fernando; hasta entonces, merced á los recursos de su fingida bondad, había

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

N.º 1625 MONTERREY, MEXICO

sabido bordear de manera, si no á satisfacer completamente á la Francia, á lo menos á evitar un rompimiento.

Y he aquí que, gracias á las imprudencias de Carolina, los sucesos marchaban con más rapidez de lo que había calculado el rey, el cual, lejos de darles impulsión, hubiera querido que se desarrollasen lo más lentamente posible: he aquí que, según hemos visto, la corte había salido al encuentro de Nelsón y recibido la escuadra inglesa en el puerto de Nápoles, con desprecio del tratado de amistad que existía con la República; he aquí que se había ofrecido una fiesta espléndida al vencedor de Abukir y que el embajador Garat, cansado de tan insigne mala fe, de tantas mentiras y de tantas afrentas, había declarado la guerra en nombre de la Francia al gobierno de las Dos Sicilias, sin calcular si la República se hallaría en disposición de cumplir su amenaza; y he aquí, por último, que el rey, que había dispuesto para el martes 27 de Septiembre una cacería magnífica, cuya inauguración debían anunciar en el patio del regio alcázar los alegres sonidos de las trompas, tuvo que dar contraorden, á consecuencia de la carta de la reina, quedando la diversión convertida en consejo de Estado.

La reina llegó á la sala del consejo antes que

Fernando, y al encontrar allí entre los ministros y consejeros al cardenal Ruffo, le preguntó á qué feliz circunstancia debía el placer de hallarle en aquel sitio; Ruffo le respondió que estaba allí por orden expresa del rey. Entonces Carolina hizo una ligera inclinación de cabeza, Ruffo un profundo saludo, y se esperó en silencio la llegada de S. M.

Á las nueve y cuarto la puerta se abrió de par en par, y los ujieres anunciaron:

— ¡El rey!

Marcadísimo contraste formaban el rostro risueño de Carolina y su aire de triunfo con el ceño y ademán adusto de Fernando; su perro Júpiter, con el cual hemos trabado ya conocimiento, y cuya inteligencia no le iba en zaga á la de los corceles de Hipólito, le seguía paso á paso con la cabeza baja y el rabo entre las piernas. Aunque la cacería había sido aplazada, el rey se presentó vestido de cazador, como para protestar de la violencia que se le hacía. Este era una especie de consuelo en su amargura, consuelo que sabrán apreciar los que comprendan su fanatismo por la caza.

Á su vista, todo el mundo se puso en pie, incluso la reina.

Fernando la miró de reojo, movió la cabeza y lanzó un profundo suspiro, como el que se

halla frente al aguafiestas de todos sus gustos.

Luego, saludó á derecha é izquierda, contestando á las reverencias de los ministros y de los consejeros, hizo un signo amistoso al Cardenal Ruffo, y dijo con voz doliente :

— Señores, siento en el alma que me hayan obligado á molestaros en un día que tal vez pensabais consagrar, como yo, á vuestros placeres ó á vuestros negocios, en lugar de invertirle en el consejo. Pero os juro que de este contratiempo no tengo yo la culpa; según parece, hay que debatir asuntos de la mayor urgencia y de la más grande importancia, asuntos que no pueden ser debatidos sino delante de mí, á creer á la reina. Su Majestad va á explicároslo; vosotros juzgaréis y me daréis vuestro parecer. Sentaos, señores.

Á su vez, Fernando tomó asiento frente á la reina, un poco más atrás que los ministros.

— Ven aquí, mi pobre Júpiter, añadió luego dando palmadas en el muslo; ¡ ven, que vamos á pasar un rato divertido!

El perro se desperezó, dió un bostezo y fué á echarse cerca del rey, estirando las patas delanteras, y poniéndose en la actitud de una esfinge.

— ¡ Oh! señores, dijo la reina, dejando ver la impaciencia que siempre le causaban los modales de

su marido, tan opuestos á los suyos : el negocio es muy sencillo y el rey os le explicaría en dos palabras si tuviese hoy humor de hablar.

Y viendo que todo el mundo escuchaba con la mayor atención :

— El ciudadano Garat, embajador francés, añadió, abandonó anoche á Nápoles después de declararnos la guerra.

— Y convengamos, señores, dijo el rey, en que tenemos bien merecida la tal declaración y en que nuestra buena amiga la Inglaterra debe estar satisfecha : falta ahora saber de qué modo nos apoyará. Esto corresponde al señor ministro Actón.

— Y al bravo Nelsón, señor, repuso la reina, al bravo Nelsón que acaba de probar en las aguas de Abukir lo que puede el genio unido al valor.

— Podrá mucho, señora, insistió Fernando; pero yo no vacilo en confesaros francamente que la guerra con Francia es, á pesar de todo, un asunto muy serio.

— Sin embargo, replicó la reina con acritud, convendréis en que es menos serio desde que el ciudadano Bonaparte, desde que el vencedor de Dego, de Montenotte, de Arcole y de Mantua, como él se titula, se halla confinado en Egipto, donde permanecerá hasta que Francia construya otra escuadra para ir á buscarle; mientras, lloverá y hará

sol, y Dios mediante, habrá tiempo de sobra para que á orillas del Nilo aclimate la semilla de rábanos que le facilitó el Directorio.

— Sí, dijo el rey con no menos aspereza; pero, á defecto del ciudadano Bonaparte, quedan á la Francia Massena, el vencedor de Rívoli; Bernadotte, el vencedor de Tagliamento; Augereau, el vencedor de Lodi; Jourdan, el vencedor de Fleurus; Brune, el vencedor de Alkmaer; Moreau, el vencedor de Radstadt, y otra porción de vencedores que por cierto son demasiados para nosotros que nada hemos vencido; esto sin contar á Championnet, vencedor de las Dunas, que ya se me iba olvidando, y el cual se halla á treinta leguas de nosotros, ó lo que es lo mismo, á tres jornadas de Nápoles.

Conociendo la apurada situación de Championnet, Carolina se encogió de hombros y sonrió desdenosamente, sonrisa que el rey creyó dirigida á su persona.

— Si me equivoco, será á lo sumo de dos ó tres leguas, repuso. Desde que los franceses ocupan á Roma, he preguntado con bastante frecuencia, para saberlo, á qué distancia se hallan de nosotros.

— ¡ Oh! no pongo en duda vuestros conocimientos geográficos, señor, dijo la reina alargando prodigiosamente su labio inferior.

— Ya, comprendo: os contentáis con poner en duda mis aptitudes políticas; pero aunque San Nicandro haya hecho todo lo posible por convertirme en un burro, y aunque en vuestra opinión lo haya conseguido, por desgracia, os haré observar, lo mismo que á estos señores que tienen el honor de ser mis ministros, que la cosa no es tan sencilla como creéis. No se trata ahora, como en 1793, de enviar á Tolón tres ó cuatro buques y cinco ó seis mil hombres, que, dicho sea entre paréntesis, ¡ volvieron en buen estado! aunque entonces el ciudadano Bonaparte no era vencedor de nadie ni de nada, ¡ á fe mía que nos los puso como nuevos! No se trata ahora, como en 1796, de facilitar á la coalición cuatro regimientos de caballería que hicieron prodigios de valor en el Tirol, cosa que no impidió á Cato quedar prisionero, ni á Moliterno el dejarse por allá un ojo; y notad que en 93 y 96 nos servía de escudo contra el enemigo toda la anchura de la alta Italia, cuyo territorio ocupaban las tropas de vuestro sobrino, que por cierto no me parece muy impaciente por entrar en campaña, sin embargo de lo bien que el ciudadano Bonaparte me le arregló en el tratado de Campo-Formio. Vuestro sobrino Francisco es hombre prudente; para ponerse en campaña, no le bastan los 60,000 hombres que le ofrecéis, sino que

espera á que lleguen los 50,000 que le ha prometido el emperador de Rusia. Eso prueba que conoce bien á los franceses.

Y Fernando, que empezaba á recobrar su buen humor, se echó á reír, justificando con aquella risa la profunda y desesperante máxima de la Rochefoucauld, que dice : « que en la desgracia de un amigo siempre hay algo que nos causa placer. »

— Haré observar al rey, respondió Carolina, visiblemente disgustada por aquel arranque de hilaridad, que el gobierno de Nápoles no es dueño de elegir el momento que le parezca más oportuno, como lo es el del emperador de Austria. Nosotros no declaramos la guerra á la República, sino que, por el contrario, es ésta la que nos la declara ; en tal supuesto, se hace indispensable elegir á la mayor brevedad los medios oportunos de sostener esa guerra.

— Seguramente que es preciso elegirlos. Empecemos por ti, Ariola. Vamos á ver, dicen que tenemos 65,000 hombres : ¿ dónde están ?

— ¿ Dónde, señor ?

— Sí, enséñanoslos.

— Nada más fácil, y el capitán general Actón dirá á Vuestra Majestad si contamos ó no con ese número de tropas.

Actón hizo con la cabeza una señal afirmativa.

Fernando lo miró al soslayo. Algunas veces, el favorito le inspiraba un sentimiento, no de celos, porque era demasiado filósofo para dejarse invadir por semejante enfermedad, sino de envidia. Así es que cuando el rey se hallaba presente, Actón no despegabá los labios á menos que el rey no le dirigiese la palabra.

— El capitán general Actón responderá cuando yo le haga el honor de interrogarle, dijo el rey. Mientras, responde tú, Ariola. ¿ Dónde tienes tus 65,000 hombres ?

— Señor, 22,000 en el campo de San Germano.

Á medida que Ariola enumeraba, Fernando hacía un movimiento de cabeza y contaba por los dedos.

— Sigue.

En los Abruzzos tenemos 16,000, continuó Ariola ; 8,000 en la llanura de Sessa, 6,000 tras de los muros de Gaeta, 10,000 en Nápoles y en el litoral, y por último, 3,000 entre Benevento y Ponte-Corvo.

— La cuenta está justa, dijo el rey concluyendo su cálculo, al mismo tiempo que Ariola terminaba su enumeración. Tenemos, pues, un ejército de 65,000 hombres.

— Y perfectamente equipados á la austriaca.

— ¿ Es decir, con uniforme blanco ?

— Sí, señor, en lugar de uniforme verde.

— ¡ Ay ! ¡ querido Ariola ! exclamó el rey con una expresión de grotesca melancolía, de blanco ó de verde, ya verás cómo al primer encuentro manifiestan el vigor... de sus talones.

— ¡ Triste idea tenéis de vuestros súbditos, señor ! respondió la reina.

— ¿ Triste idea ? no, señora, al contrario, creo á mis súbditos muy inteligentes, demasiado inteligentes, y por eso dudo que se hagan matar por lo que no les importa. Ariola dice que tenemos 65,000 hombres ; entre esos 65,000 hombres hay 15,000 veteranos, cierto ; pero no lo es menos que los tales veteranos, si así pueden llamarse los que llevan mucho tiempo de servicio, no han quemado en su vida un cartucho, ni oído silbar una bala. Esos no echarán á correr sino al segundo tiro. En cuanto á los otros 50,000 restantes que se hallan sobre las armas desde hace seis semanas ó un mes ¿ cómo han sido reclutados ? ¡ Ah ! señores, porque la mayor parte del tiempo me veis entretenido en hablar con Júpiter, que después de todo es un animal inteligente, porque os dejo hacer, ¿ creéis que no ponga atención á vuestras discusiones ? pues os engañáis, no pierdo una palabra de cuanto decís. Si no os contrario es porque no quiero probaros que entien-

do el arte de gobernar mejor que vosotros, cosa que me ofrecería poquísima diversión y que me expondría á malquistarme con la reina, á quien la política divierte en extremo. Pues bien, esos 50,000 ¿ los habéis reclutado en virtud de una ley y por medio del sorteo ? ¡ no ! los habéis hecho abandonar sus hogares, los habéis arrancado violentamente del seno de sus familias, con arreglo al capricho de vuestros delegados y subdelegados. Cada ayuntamiento ha tenido que facilitar ocho conscriptos por cada mil hombres. ¿ Queréis que os diga cómo ? Primero designasteis á los más ricos, á fin de que se eximieran, como en efecto se eximieron, pagando su rescate. Tras de los más ricos les tocó el turno á los medianamente acomodados, los cuales compraron también el derecho de quedarse en casa. Por último, continuando este sistema, y después de sacar de este modo tres ó cuatro contribuciones de cuyo producto ni siquiera tienes noticia, mi pobre Corradino, á pesar de tu cartera de Hacienda, se vino á parar á los infelices que no tenían un céntimo para rescatarse. ¡ Ah ! ¡ menester era que éstos cargasen con el chopo ! Cada uno de esos 50,000, hombres reclutados de tan equitativa manera, representa una injusticia viviente, una flagrante exacción : ningún motivo legítimo los

obliga á servir, ningún lazo moral los retiene bajo las banderas ; si las siguen, es por temor al castigo y nada más ! Y ¿ queréis que esos hombres se hagan matar por defender á ministros injustos, á intendentes avaros, á superintendentes ladrones, y por añadidura á un rey que pesca y caza y se divierte, sin acordarse de sus súbditos más que para esquilmarlos á impuestos y para devastar sus cosechas con el paso de sus jaurías ? ¡ Bien animales habían de ser ! En cuanto á mí, os aseguro que si yo fuera soldado y estuviera á mi servicio, desertaba á las veinticuatro horas y me hacía saltador de caminos ; á lo menos los salteadores combaten y mueren por sus propios intereses.

— Fuerza me es confesar, dijo el ministro de la Guerra, que hay mucho de cierto en lo que V. M. acaba de decir.

— ¡ Pardiez ! repuso el rey, yo siempre digo la verdad, á menos que no tenga razones particulares para mentir. Conque, vamos á ver, Ariola, te concedo tus 65,000 hombres ; no disputemos por tan poco. Hételes ya formados en batalla, con su equipo austriaco, su fusil al hombro y su cartuchera á la cintura. ¿ Á quién vas á poner á su cabeza ? ¿ Te pones tú ?

— Señor, respondió Ariola, yo no puedo ser á

un mismo tiempo ministro de la Guerra y general en jefe.

— Y, como es natural, prefieres ser ministro, lo comprendo.

— ¡ Señor !...

— ¡ Si te digo que lo comprendo !... ¡ Y va uno ! Vamos, ¿ y á ti, Piñatelli, te conviene el mando en jefe de los 65,000 hombres de Ariola ?

— Señor, respondió aquel á quien se dirigía el rey, confieso que no me atrevo á echar sobre mis hombros semejante responsabilidad.

— ¡ Y van dos ! Y tú, Colli, ¿ te atreverías ? continuó el rey.

— Yo tampoco, señor.

— ¿ Y tú, Parisi ?

— Señor, yo no soy sino simple brigadier.

— Sí, ya lo veo, todos vosotros podriais mandar una brigada, y hasta una división en caso de apuro ; pero trazar un plan de campaña, hacer combinaciones estratégicas, combatir y vencer á un enemigo experimentado... ¡ oh ! ¡ lo que es á eso ninguno de vosotros se compromete !

— Es inútil que V. M. se dé mal rato pensando en un general en jefe, dijo la reina ; ese general en jefe lo hemos encontrado ya.

— ¿De veras? exclamó Fernando, ¿supongo que no habrá sido en mis reinos?

— ¡Oh! no, señor; tranquilícese V. M., repuso la reina. He pedido á mi sobrino un hombre cuya reputación militar pudiera imponer al enemigo y satisfacer todas las exigencias.

— ¿Y cómo le llamáis?

— El barón Carlos Mack... ¿Tiene V. M. algo que decir de él?

— Nada más sino que se ha dejado batir por los franceses; pero como esta desgracia la han tenido también todos los generales del emperador, sin exceptuar á su tío ni á vuestro hermano el príncipe Carlos, tanto me da que sea el general Mack como cualquiera otro.

Ante esta implacable ironía que llevaba el cinismo hasta el extremo de burlarse de sus propios defectos, la reina se mordió los labios, y añadió poniéndose en pie:

— ¿De modo que aceptáis al barón Carlos Mack por general en jefe de vuestros ejércitos?

— ¡Sin duda! respondió el rey.

— En ese caso, me permitiréis...

Y Carolina se dirigió hacia la puerta; el rey la seguía con la vista, no pudiendo adivinar lo que iba á hacer, cuando de pronto resonó en el patio de

palacio, sobre el cual daban las ventanas del salón del consejo, un cuerno de caza; pero tan poderoso era el aliento que le hacía sonar, y tan furibundas sus notas, que los cristales de la sala retemblaron, y los ministros y consejeros, no comprendiendo una palabra de aquella música inesperada y salvaje, se miraron con asombro.

Todas las miradas se volvieron hacia el rey, como pidiéndole explicación de aquel cinegético ex-abrupto.

Pero el rey parecía tan asombrado como los demás, y no era menor la sorpresa de Júpiter.

Fernando escuchó por espacio de algunos segundos, como si dudase de sus propios oídos.

— Pero ¿no sabe ese zoquete que he mandado suspender la cacería?... ¿por qué da la primera señal?

El rey se levantó sumamente agitado; echábase de ver que al sonido del cuerno, que el montero seguía tocando á más y mejor, se había entablado un violento combate entre el cazador y el monarca.

Fernando abrió la ventana.

— ¿Quieres callarte, animal? gritó.

Y cerró la vidriera dando un portazo, y volvió á ocupar su puesto, seguido de Júpiter.

Entretanto, había entrado en escena un nuevo personaje bajo la protección de Carolina, la cual le introdujo por la puerta de sus habitaciones, que comunicaban con la sala del consejo, mientras el rey apostrofaba á su montero.

Todos miraban con sorpresa al desconocido, y el rey con no menos sorpresa que los demás.

CAPÍTULO VI

El general barón Carlos Mack

El que causaba aquella sorpresa era un hombre de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto, rubio, pálido, con el uniforme austriaco y las insignias de general, y en cuyo pecho brillaban entre otras condecoraciones las placas y los cordones de María Teresa y de San Genaro.

— Señor, dijo la reina, tengo el honor de presentar á Vuestra Majestad el barón Carlos Mack, á quien acabáis de nombrar general en jefe de vuestros ejércitos.

— ¡ Ah! ¡ me alegro de conoceros, general! respondió el rey, mirando con cierto asombro la orden de San Genaro que adornaba el uniforme de Mack, orden que el rey no recordaba haberle concedido.

Y en seguida cambió con Ruffo una mirada, que quería decir: « ¡ Atención! »

Mack se inclinó profundamente, y sin duda iba á